

INJUSTICIA HERMENÉUTICA Y METÁFORA. UNA PERSPECTIVA PRAGMATISTA DEL LENGUAJE SOBRE LOS CAMBIOS CONCEPTUALES CIENTÍFICO-SOCIALES

Ángela Páez

Estudiante de la Licenciatura en Comunicación Social (UNM)

angela_paez2011@live.com.ar

Resumen:

Los términos clasificatorios científicos fijan qué cuenta como orden social y qué como orden natural. Los problemas ontológicos y epistemológicos en torno de la dicotomía natural/social cobran relevancia tanto para las comunidades científicas como para los distintos colectivos sociales sobre los que repercuten las consecuencias de tales delimitaciones. En este contexto problemático, focalizaremos en las experiencias atravesadas por un vacío en las herramientas conceptuales compartidas en la interpretación social. En palabras de Miranda Fricker: huecos en los que debería haber un término para una experiencia que interesa a un sujeto volver comunicativamente inteligible. La injusticia hermenéutica radica en que cierta parcela significativa de la experiencia social propia queda oculta a la comprensión colectiva debido a un prejuicio identitario estructural en los recursos hermenéuticos colectivos. En las situaciones de injusticia hermenéutica, el empobrecimiento colectivo generalizado por falta de recursos hermenéuticos afecta de manera desigual a ciertos grupos de modo que quedan marginados. La marginación hermenéutica radica en que los grupos más desfavorecidos por ese vacío de recursos interpretativos no participan plenamente, sino de forma desigual, en las prácticas que generan significados sociales. Esta perspectiva de análisis tiene una afinidad con la visión de Richard Rorty en relación con los cambios conceptuales. Según este autor, se trata de sondear abismos que la mayoría de la gente conviene en que no existen y dónde la ausencia de significado es exactamente aquello con lo que uno tiene que lidiar cuando está situado entre las prácticas sociales (sobre todo lingüísticas), no queriendo tomar parte de las viejas, pero sin haber logrado aún crear otras nuevas. Pero, entonces cabe preguntar: ¿cómo

comprender el lenguaje de modo que pueda dar cuenta de la ocurrencia de prácticas lingüísticas nuevas? ¿Cómo expandir las prácticas lingüísticas y no lingüísticas para que se transformen esas situaciones de injusticia? La creación de nuevas categorías científico-sociales no puede pensarse en términos de reemplazar una versión distorsionada por otra no distorsionada, hacerlo implica comprometerse con la dicotomía apariencia/realidad y con una concepción representacionista del lenguaje como mediador entre el yo y la realidad.

La noción de injusticia hermenéutica nos da la oportunidad de reflexionar sobre los modos de expandir las prácticas lingüísticas a fin de enfrentar estas injusticias sobre las identidades. En este sentido, nos proponemos recuperar la concepción pragmatista del lenguaje de Rorty para dar cuenta del papel de la metáfora en los procesos de cambio conceptual (científico-social) en contextos de injusticia epistémica.

Introducción

Hoy en día parece algo difícil de creer pero alguna vez ciertos términos clasificatorios como “acoso sexual” o “abuso infantil” (y sus correspondientes roles de “acosador-acosada” y “abusador-niño abusado”) no eran usos habituales en el repertorio de conceptos científico-sociales. En algún punto de la historia allí existía lo que Miranda Fricker (2017) acertadamente denominó un vacío en los recursos hermenéuticos colectivos que les impedía a algunas mujeres y algunos niños poder hacer comunicativamente inteligibles sus experiencias vividas con malestar. Por lo tanto, hasta que aparecieron estos nuevos conceptos, estos sujetos se vieron desfavorecidos, no solo porque les resultaba difícil expresar sus experiencias, sino debido a su escasa participación en la formulación de los significados sociales que permiten definir las vivencias personales. En medio de un contexto problemático como este, en el que algunos grupos tienen más poder que otros en la definición de los términos con los cuales se definen las experiencias, es importante pensar: ¿De qué forma se pueden subsanar estas lagunas en los recursos hermenéuticos colectivos, de forma que se superen las situaciones de injusticia que experimentan los grupos subalternizados?

Para dar respuesta a esa pregunta, primero debemos prestar atención a una escisión particular dentro de la filosofía entre: por un lado, aquellos filósofos que consideran a la ciencia como la actividad humana paradigmática e insisten en que las ciencias naturales descubren la verdad -más que la hacen. Para ellos, el riguroso hecho científico se opone a lo subjetivo. Por el otro lado, aquellos filósofos que ven a la ciencia como una actividad cultural más y no como el lugar donde los seres humanos se topan con una realidad independiente, existente más allá de lo humano. Para éstos últimos, los científicos inventan descripciones del mundo que son útiles para predecir acontecimientos pero que no constituyen en sí mismas una representación exacta de cómo el mundo es. Richard Rorty (1991) defiende esta segunda postura y argumenta que la verdad no puede existir separadamente del lenguaje humano, porque aunque el mundo esté ahí afuera las descripciones que existen sobre él no lo están. En este sentido, no podemos exponer que el mundo nos da los argumentos necesarios para considerar verdadera o falsa a una determinada creencia. Éste no nos puede proponer un lenguaje para que lo hablemos, eso es una tarea que solo los seres humanos podemos desarrollar (Rorty, 1991, p. 24) Sin embargo, esto no implica que la decisión entre afirmaciones incompatibles o entre un término descriptivo u otro sea arbitraria, ya que de esta forma estaríamos repitiendo el error al buscar los criterios de decisión ya no en el mundo sino en nosotros mismos y eso es igualmente insuficiente. Estas formas de justificar los usos de determinados juegos del lenguaje y no los de otros, según Rorty, es resultado de pensar que el mundo o el ser humano tienen una naturaleza intrínseca, una esencia ya dada, y que los léxicos son una “representación adecuada o inadecuada” de ella. Esto, por lo tanto, equivaldría a seguir pensando en el lenguaje como un medio de expresión o de representación que media entre el yo y el mundo.

Rorty (1991) sostiene que lo que debemos hacer es abandonar la idea de avanzar desde una percepción distorsionada de la realidad hacia otra no distorsionada; tenemos que hablar en su lugar de la necesidad de modificar nuestras prácticas, tanto lingüísticas como no lingüísticas, para que se puedan alcanzar descripciones nuevas. Necesitamos, entonces, abandonar la esperanza de que un lenguaje determinado pueda ser “adecuado” para el trabajo de expresar adecuadamente la esencia de la especie humana o de representar una realidad no humana. Si hacemos esto, explica Rorty (1991, 2000), nos alejaremos de la

dicotomía apariencia-realidad, asociada a una concepción representacionista del conocimiento, en favor de una distinción entre creencias que sirven a unos propósitos o a otros. Entenderemos, al igual que lo hace Rorty, que nuestro lenguaje es producto de un gran número de meras contingencias. En este sentido la postulación de categorías científico-sociales puede interpretarse como el resultado de situaciones indeterminadas en las que nuestras prácticas quedan interrumpidas y del propósito de resolver esas situaciones. Ese movimiento no solo produce cambios conceptuales sino cambios en las identidades, las instituciones, las prácticas en el mundo y los modos en que las personas se relacionan entre sí y con los objetos.

En línea con esta perspectiva, el presente trabajo se propone reflexionar sobre las formas en que se producen nuevos conceptos científico-sociales en el caso particular de aquellas experiencias que se encuentran atravesadas por un vacío en los recursos hermenéuticos colectivos. Para ello recuperaremos el papel central de la metáfora como uso inhabitual para la creación de nuevas teorías que propone la mirada pragmatista del lenguaje de Rorty.

Injusticia y marginación hermenéutica: el vacío en los recursos hermenéuticos colectivos

Miranda Fricker (2017), en su libro *“Injusticia epistémica: El poder y la ética del conocimiento”*, desarrolla el concepto de injusticia epistémica, que consiste en “causarle un daño a alguien en su condición epistémica de sujeto de conocimiento” (Fricker, 2017). Uno de los dos tipos de injusticia epistémica que desarrolla la autora es el de injusticia hermenéutica, que se produce cuando alguna parte significativa de la experiencia social de un grupo queda oculta a la comprensión colectiva debido a un prejuicio identitario estructural en los recursos hermenéuticos colectivos causado por una marginación hermenéutica persistente y generalizada de dicho grupo (Fricker, 2017, p. 249-250). Para explicar el ejemplo central de este tipo de injusticia, Fricker desarrolla cómo se produjo la creación del concepto de acoso sexual, centrándose en el caso de Carmita Wood. Esta empleada universitaria de cuarenta y cuatro años había trabajado durante ocho años en el departamento de física nuclear de Cornell, donde pasó de ser ayudante de laboratorio a

desempeñar tareas administrativas. Aquel hombre, le hacía todo tipo de insinuaciones, a pesar de su negativa, y eso le provocaba tal malestar que comenzó a sufrir problemas de salud. Sin embargo, cuando solicitó un cambio de departamento se lo negaron, por lo cual decidió renunciar e irse a Florida. Al poco tiempo, intentó solicitar una prestación por desempleo, pero al llenar los formularios le solicitaban una causa de renuncia. Ella, incapaz de explicar lo que sucedía con su jefe, solo detalló que se debía a cuestiones personales. La consecuencia de esta situación fue el rechazo de la solicitud. Tiempo después, en un seminario de Lin Farley, un grupo de mujeres (entre ellas Carmita Wood) se dio cuenta que todas habían sufrido una situación similar en sus trabajos y nunca se lo habían contado a nadie. Estas mujeres decidieron en ese momento que querían romper el silencio al respecto. El problema que surgía entonces era que eso sobre lo que querían hablar aún no tenía nombre. Es decir, allí había un vacío en los recursos hermenéuticos colectivos en lugar del cual debería estar el nombre de una experiencia social diferenciada. Fricker define a dichos vacíos como “ausencias de interpretaciones adecuadas, huecos en los que debería haber un nombre para una experiencia que interesa a la sujeto poder volver comunicativamente inteligible” (Fricker, 2017, p. 257). Ante esto, la autora postula que las mujeres como Carmita Wood sufrían una “desventaja cognitiva aguda” debido a dichas lagunas. Esta situación producía por lo tanto una gran desventaja para ellas dado que les impedía comprender una parcela significativa de su propia experiencia de vida, lo cual las dejaba vulnerables al acoso reiterado por parte de los hombres. Asimismo, este agravio epistémico ante la falta de comprensión sobre la experiencia del acoso sexual, solo afectaba a dichas mujeres pero no a sus acosadores, quienes seguían viendo sus acciones como un simple *flirteo* y no como una acción meritoria de ser condenada. En palabras de Fricker podríamos considerar que allí lo que se produce es una injusticia hermenéutica. Pero la pregunta que subyace es: ¿cuáles son las condiciones sociales que produjeron esa laguna hermenéutica en primer lugar? La respuesta para la autora está en la marginación hermenéutica. Esto quiere decir que existe una participación hermenéutica desigual en algunas áreas significativas de la experiencia social y, en consecuencia, los grupos desfavorecidos son marginados hermenéuticamente. Esta desigualdad tiende a verse particularmente en las zonas de conflicto hermenéutico; esto quiere decir, aquellos espacios de la vida social en los que un grupo determinado no tiene interés de que se alcance una interpretación adecuada de los

sucesos, o incluso hacen un esfuerzo consciente porque se mantengan las interpretaciones vigentes, dado que las mismas los favorecen (como en el caso del acoso sexual, con el término *flirteo*). Cuando esta marginación se transforma en persistente y generalizada, vuelve estructuralmente prejuicioso el recurso hermenéutico colectivo porque es probable que favorezca interpretaciones sesgadas de las experiencias sociales de determinados grupos. Asimismo, desde el punto de vista moral, este tipo de marginación hermenéutica imprime un prejuicio estructural de carácter discriminatorio en el recurso hermenéutico colectivo. Fricker (2017) lo denomina “prejuicio identitario estructural” dado que afecta a las personas en relación con su pertenencia a un grupo, a su identidad social. Cuando la marginación hermenéutica persigue al sujeto a través de las diferentes esferas de la vida social, entonces estas injusticias a las que da pie son sistemáticas. La autora interpreta la injusticia hermenéutica como un concepto netamente estructural: ningún agente la perpetra. La situación social de fondo que da lugar a ella es la marginación hermenéutica que sufre el sujeto. La injusticia hermenéutica solo se concreta cuando esas condiciones se materializan en el momento en que un sujeto intenta hacer inteligible una experiencia, para sí mismo y para los demás, pero fracasa debido a ellas.

Para Fricker (2017), la injusticia hermenéutica comporta una “desventaja cognitiva asimétrica”, porque el empobrecimiento hermenéutico colectivo que produce esta situación resulta injustamente desventajoso para unos grupos determinados pero no para otros. Por lo tanto, podríamos decir que la injusticia hermenéutica consiste en una “desigualdad hermenéutica situada”: la situación concreta es tal que el sujeto es incapaz de hacer comunicativamente inteligible una parte de su experiencia vivida.

Por lo tanto, el daño principal de este tipo de injusticia consiste en “la exclusión del sistema de aportación de saber al fondo común de conocimiento causada por un prejuicio identitario estructural en los recursos hermenéuticos colectivos” (Fricker, 2017, p. 260). De esta forma, a la persona se la excluye prejuiciosamente de la participación en la difusión de conocimiento y allí es justamente donde se le impide ser considerado un sujeto epistémico activo. Asimismo, también existen daños secundarios tanto prácticos como epistémicos. Los primeros se producen porque los grupos desfavorecidos sufren una desventaja debido al empobrecimiento hermenéutico colectivo que otros grupos no experimentan. La segunda

tiene que ver con la pérdida de confianza epistémica que sufre el sujeto cuando percibe que la comprensión que recibe por parte de los otros no coincide con la propia percepción que tiene de su experiencia. Esto puede ocasionar que el sujeto sufra una pérdida de conocimiento y, en casos más extremos, que se inhiba la adquisición de ciertas virtudes epistémicas como la valentía intelectual. Esta última consiste en la capacidad de una persona de no retroceder en sus convicciones cuando aparece un obstáculo o un argumento contrario y, según detalla Fricker, es crucial en la construcción de la identidad del sujeto.

Una perspectiva pragmatista del lenguaje: el papel de la metáfora en los procesos de cambio conceptual

Teniendo en cuenta este contexto problemático que presenta Miranda Fricker, lo que queda por preguntarse es: ¿De qué forma los grupos afectados por la injusticia hermenéutica podrían desarrollar nuevas categorías que den cuenta adecuadamente de sus experiencias de vida?

Para responder a este interrogante podemos retomar la concepción pragmatista del lenguaje de Richard Rorty. Rorty (2000) expresa en su texto *"Verdad y progreso"* que las injusticias pueden no ser percibidas como tales, incluso por aquellos quienes las padecen, hasta que alguien inventa un papel que todavía no ha sido desempeñado. Hasta que eso suceda, el único lenguaje disponible será el del opresor; y casi todos los opresores les enseñan a los oprimidos un lenguaje en el que el discurso de éstos suena insensato, incluso para ellos mismos (Rorty, 2000, p. 245). En el caso de Carmita Wood, muchas de las mujeres reunidas en dicho seminario habían sufrido reiterados acosos por parte de sus empleadores pero no los habían percibido de esa manera, dado que las clasificaciones de acosador-acosada no eran plausibles en un lenguaje dominado por dichos hombres.

En este sentido, la propuesta de Rorty, consiste en un método similar al de la política utópica o de la ciencia revolucionaria. El autor explica que se trata de volver a describir determinadas cosas de una manera nueva hasta darle forma a una conducta lingüística que la sociedad esté tentada a adoptar, haciéndoles buscar nuevas formas de conducta no lingüística. Este tipo de filosofía trabaja holística y pragmáticamente. No pretende

encontrar un candidato que se presente como más adecuado para hacer las mismas cosas que se hacían al utilizar los viejos términos. Sugiere, en cambio, dejar de hacer esas cosas y, en cambio, hacer nuevas. (Rorty, 1991, p. 28). De esta forma, no se trata de ofrecer argumentos para demostrar que el léxico existente que se pretende sustituir no es válido, sino de hacer que el nuevo léxico que se quiere proponer se presente atractivo de usar. Rorty explica que una forma de cambiar las reacciones emocionales instintivas existentes es crear un nuevo lenguaje que haga posibles nuevas emociones. Ese lenguaje puede estar compuesto no solo de palabras nuevas sino también de lo que él denomina la “desviación creativa” en el uso de las ya existentes: esto implica utilizar las palabras familiares de una forma que al principio suene insensata. De esta forma, cuando la descripción alternativa que proponemos adquiera popularidad, se extenderá el espacio lógico para la deliberación moral. Allí es entonces donde aparece la importancia central de la metáfora como un uso inhabitual que nos permite desarrollar nuevas categorías. Para ello primero debemos entender que las expresiones metafóricas no se asocian necesariamente a un significado literal que el autor desea comunicar y que el receptor debe captar, ya que tener un significado ya equivaldría a tener un lugar en un juego del lenguaje. Lo que sucede cuando usamos una metáfora es que interrumpimos una conversación para producir un efecto en el interlocutor, pero no para transmitirle un mensaje. Para Rorty “la imposibilidad de parafrasear la metáfora no representa sino la inadecuación de todo enunciado habitual semejante para el propósito de uno” (Rorty, 1991, p. 36). Expresar un enunciado que no forma parte de ningún juego del lenguaje equivale entonces a expresar algo que no tiene el valor ni de verdadero ni de falso, algo de lo que no se puede argumentar ni a favor ni en contra. Sin embargo, con el tiempo el mismo puede convertirse en candidato al valor de la verdad, repetirse, asociarse con otros enunciados y alcanzar un uso habitual en un determinado juego del lenguaje. De este modo, dejará ya de ser una metáfora y será un enunciado más del lenguaje.

Lo interesante de esta presentación de la metáfora como un uso inhabitual es que nos propone una forma en que es posible exponer nuevos conceptos que en un principio pueden parecer inadecuados pero que aun así tienen la capacidad de volverse populares y ser apropiados con el tiempo. Volviendo a los casos de injusticia hermenéutica y a los vacíos en los recursos hermenéuticos colectivos, consideramos que la metáfora podría representar una

figura central para que aquellos grupos que han sido marginalizados de los procesos de generación de conceptos científico-sociales presenten sus propias conceptualizaciones. De esta forma, al denominar algo de una manera que no tiene lugar en el juego del lenguaje del que formamos parte, estaremos interrumpiendo las conversaciones habituales con el objetivo de ocasionar en quien nos escucha una reacción. Si bien esos nuevos conceptos al principio pueden no ser bien recibidos por aquellos que defienden los usos ya existentes en el lenguaje, al enunciarlos, los grupos marginados estarían de alguna manera participando al proponer sus propias clasificaciones, al intentar hacer comunicativamente inteligibles sus experiencias. De esta forma, se podría subsanar uno de los agravios principales de la injusticia hermenéutica: la exclusión del sujeto del proceso de creación de nuevo conocimiento.

Retomando el ejemplo de Carmita Wood, quizás el término “acoso sexual”, al ser pronunciado por primera vez por estas mujeres, sonó ilógico para aquellos sujetos que defendían que esa acción que los hombres llevaban a cabo no significaba más que un simple coqueteo. Aun así, al hacerse visible este nuevo posible concepto, otras mujeres que habían sufrido situaciones similares encontraron en ese término una forma de expresar lo que habían vivido. De este modo, poco a poco, esas clasificaciones fueron tomando cada vez mayor relevancia, porque permitían comunicar experiencias que antes no tenían un nombre, es decir, llenaban ese vacío existente hasta el momento. Lo que estaban haciendo por lo tanto estas mujeres, no era presentar argumentos en contra de los usos diferentes que los hombres hacían del lenguaje sino proponer sus propias concepciones, aunque en un principio sonaran absurdas dentro del repertorio ya existente. Podríamos decir entonces que lo que estaban haciendo era recuperar su participación en la formación de los conceptos que definían sus experiencias, ocupando ese lugar que les había sido denegado en un comienzo.

Consideraciones finales

La postulación de nuevas categorías sociales repercute tanto en nuestras prácticas lingüísticas como no lingüísticas. La generación y apropiación de términos como acoso sexual crean nuevos roles sociales (acosador-acosada) así como nuevas instituciones, leyes

y formas de interacción entre las personas. Sin embargo, tal y como expusimos en el trabajo, cuando en lugar de esos conceptos que le dan nombre a experiencias sociales determinadas hay un vacío, lo que sucede es que determinados grupos no pueden comunicar sus vivencias personales; sufren así un tipo particular de injusticia epistémica que les produce múltiples agravios en su condición epistémica de sujeto de conocimiento. En este sentido, consideramos que el aporte de la teoría pragmatista del lenguaje de Richard Rorty nos provee una herramienta esencial como lo es la metáfora para entender los cambios conceptuales en estos contextos de conflicto hermenéutico. Comprender la aparición de dichos conceptos novedosos como producto de usos inhabituales de las palabras que usamos frecuentemente nos permite observar que las descripciones no son sino producto de contingencias, dado que no existe ninguna esencia en el mundo ni en nosotros mismos que señale a un concepto como más “adecuado” que otro. Por lo tanto, lo que hoy es una metáfora que está fuera de un determinado juego del lenguaje, puede con el tiempo convertirse en un enunciado más y darle nombre a una experiencia que nunca antes podía haber sido relatada.